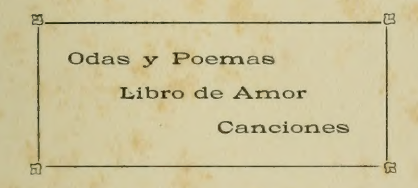

3 1761 07292869 0

POESÍAS

POESÍAS

DE

LUIS REYNA ALMANDOS

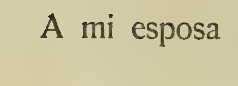


Odas y Poemas

Libro de Amor

Canciones

1906



A mi esposa



Prólogo

Creo en la poesía. Creo más en ella que en el sol, y en la luna, y en las estrellas, y en el mundo, y en todo lo que vive y se agita en el planeta; porque esto está fuera de nosotros, y la poesía mueve su sistema planetario, el universo de los sentimientos y de los ideales, dentro de nosotros mismos. No me detengo á investigar si es útil ó no la poesía, cosa discutida desde los viejos tiempos de Platón, porque me interesa poco la solución de este punto, desde que me he convencido de la existencia de cosas tenidas por útiles, sin servir para nada, y de cosas desdeñadas por inservibles, y destinadas á mantener vivos los ideales del hombre.

La utilidad depende del punto de vista del observador, de las circunstancias del momento. Naturalmente, para el sediento, la estrofa más intensamente sentida y la mejor cincelada, no ofrece la utilidad del vaso de agua, ni el hambre satisface sus apetitos en un poema. Tampoco la música, ni la pintura, ni la escultura, tienen aplicación práctica manifiesta á las necesidades de la vida, puesto que ni privan del frío, ni sirven de alimento, ni echa mano de ellas la terapéutica, como pudiera hacerlo con las plantas medicinales. La preparación de conservas es aparentemente más útil que las combinaciones infinitas del ritmo y de la armonía, y un fabricante de sombreros puede considerarse superior á cualquier zurcidor de ideas.

Nada es inútil, nada se pierde de cuanto se mueve en nosotros y en torno nuestro, presentando formas incesantemente renovadas, porque todo lo que se mueve dentro y fuera de nosotros va en la gran corriente de la vida, y es elemento de su fuerza y toma parte en su acción. Pero así como en el terreno de la realidad encontramos á cada paso hombres á sí mismos lla-

mados prácticos, desconocedores de la utilidad social del arte, porque no lo pueden tomar como una fruta cualquiera y hacerle entrar en el misterioso laboratorio del estómago, así también es necesario afrontar con valor la sonrisa desdeñosa de los fabricantes de quesos y de los maestros de sabiduría, que no ven los fines útiles de los que, como mi amigo, el joven poeta Luis Reyna Almandos, preparan un volumen de versos y le lanzan á la publicidad.

¡Un volumen de versos! Tanto vale decir un pedazo del alma, movida por sentimientos elevados, en dirección hacia un ideal; la brillante confesión del alma, que escudriña en el mundo de los recuerdos, que investiga en las más puras emociones del momento actual, que columbra encantadores paisajes en la aglomeración de las cosas futuras; la confesión del alma conmovida por los afectos, pasando de las alegrías á los dolores y de los dolores á las alegrías, en la sucesión eterna de luz y de sombra, que es la ley de nuestra imperfección. De dolores y alegrías, íntimas alegrías é íntimos dolores, vivimos, por lo menos, tanto como de pan.

La belleza, en su misma desnudez, como quiera que el espíritu filosófico de cada secta la conciba, la belleza inútil, vale, por lo menos, tanto como la verdad. No enemigas, sino hermanas son ésta y aquélla, y juntas concurren á satisfacer esa sed humana, esa eterna sed de lo mejor y de lo más hermoso, que impulsa los grandes progresos, y ha elaborado las cultas civilizaciones del presente, nerviosamente impelidas siempre hacia el lejano más allá, y que van, en la fiebre de la carrera, como esas ráfagas que la tormenta lanza á nuestro encuentro, llevando consigo las hojas desprendidas de los árboles, y los pájaros vencidos por el viento, y las nubes de polvo levantadas de los caminos. En ese torbellino humano, el poeta canta: abre su corazón, saca de él lo que tiene, lo da á los demás, como si repartiese el pan en el momento de llevarlo á la boca. Sus ideas han despertado en él emociones intensamente sentidas; ha sido feliz, ha sufrido, ha tenido lágrimas y sonrisas. Todo eso lo da á los demás; busca con quienes compartir su felicidad ó su desventura, seguro de que son muchos aquellos á quienes

la vida habrá puesto en circunstancias semejantes á la suya, y que puedan, por lo tanto, comprenderle.— «Mi vida es la vuestra; vuestra vida es la mía,— decía Víctor Hugo.— Cuando yo hablo, hablo de vosotros.»

Por ese medio, diciendo el poeta lo que siente, dice á la vez lo sentido por los demás, y suscita con formas nuevas emociones nuevas, y concurre á fundir en afectos comunes, en comunes aspiraciones, una masa considerable de personas, robusteciendo los vínculos que deben unir la familia humana.

He oído muchas veces anunciar la muerte de la poesía, negándole la razón misma de su existencia. Concédenle que alguna vez haya satisfecho una necesidad psíquica, pero pregónase al mismo tiempo su desaparición, como la de todas las cosas que han hecho su época. Por su parte, la ciencia, impulsada en la corriente de los grandes descubrimientos modernos y de las aplicaciones prácticas de los mismos, para la mejor comodidad de la vida; la ciencia, investigando incesantemente, y arrancando á la naturaleza nuevos se-

cretos, parece herir de muerte á la poesía, — al sentir del vulgo, y aun á juicio de muchos espíritus escogidos. ¿Qué vale la fantasía en presencia de la verdad? ¿A qué queda reducido todo ese mundo quimérico de los poetas, una vez que la fisiología y la psicología experimental hacen el análisis de la psiquis y la reducen á sus funciones de protección del organismo humano? Hay, indudablemente, error en creer que los progresos de la ciencia puedan debilitar la poesía y su influencia en la sociedad, y es más justo creer, con Spencer, que la ciencia auxilia al arte y especialmente á la poesía en todas sus formas, y es poética y artística en sí misma. «El que en su juventud no ha salido en busca de plantas ó insectos, — dice el filósofo inglés, — no conoce la mitad del interés que pueden ofrecer los árboles y los arbustos. El que no haya estudiado los fósiles, tiene muy poca idea de las asociaciones poéticas que circundan los lugares en que esos tesoros ocultos fueron encontrados. Quien al lado del mar no haya tenido un microscopio y un acuario, tiene todavía que aprender cuáles son los mayores placeres que allí se

pueden disfrutar.» Y no es eso sólo, sino que la ciencia no ha explicado todavía, ni explicará nunca, el porqué de muchas cosas, como el porqué de la vida, de la materia ó del espíritu; y mientras eso no suceda, el poeta, como la mariposa, encontrará una lámpara luminosa en que golpear las alas de su fantasía, un eterno misterio á cuya puerta llamar eternamente; y, según sea el punto en que se coloque, más bajo ó más elevado, en la observación propia y en la de los demás, descubrirá nuevas formas de encarar la vida y de sentirla, ó, sencillamente, porque eso basta, nuevas formas de contemplar la belleza, sin fines útiles ni filosofías de ninguna clase, — la belleza en sí misma, como sea capaz de comprenderla y de comunicarla.

Luis Reyna Almandos siente la poesía, á la que llama «diosa del pensamiento», «aureola de la mente», y otras muchas cosas que revelan el mucho amor en que el poeta tiene su arte, como se desprende de la lectura de ese poema «Invocación», premiado en los certámenes de la Biblioteca, y cuyas octavas se suceden con ritmos y sonoridades de arpa, en un «manantial de

clarísima armonía». Reyna Almandos siente la poesía, y la dice tal como la siente. Es un soñador de cosas bellas, que no necesita rebuscar palabras para decirlas. Hay sencillez é ingenuidad en sus versos, encantadora virtud que envuelve muchas veces al lector en un ambiente de vaga y perfumada poesía. «Lejos estoy ahora de su lado, — dice el poeta en la tristeza de la ausencia, — han pasado los días y fenece el mes de Octubre de las rosas blancas. Mueren las blancas flores, muere la Primavera... ¡mas nuestras manos unirá el estío!»

Encuentro aquí el tinte poético de Heine, como lo encuentro en otras bellas estrofas del «Libro de amor», y reconozco que esto es espontáneo, que nace así, porque es esa la manera de ser y de sentir de Reyna Almandos. «¡Oh aura susurrante! ¡oh brisa blanda!... mi laúd callado espera el beso de tus leves alas!», — dice, — invocando á la naturaleza, cuya belleza y las del amor se reparten el alma sentimental del poeta. Esas invocaciones frecuentes tienen algo de suave caricia de amorosa mano, que expresa afectos y recoge

impresiones. «Yo diré al viento del helado Junio que á otros jardines presuroso vaya... ¡lejos, muy lejos de tu amor, oh dulce flor de las flores!» Este sentimiento de la naturaleza, mezclado á los más íntimos que pueda encerrar el alma, han nacido y viven en Reyna Almandos, como hermanos ligados por la misma suerte y para siempre. Es un admirador fervoroso de la naturaleza, y la canta con emoción. Sea flor, sea estrella, sea mujer, sea el mar, sea el cielo, las alas van y vienen, suben y bajan, mientras el poeta entona su canto. «Recorro el orbe... abro las puertas de oro de la aurora, y la turba de las sombras se dispersa doquier». Son las cosas grandes, las cosas bellas, las cosas buenas, las que tienen poder sobre él; y les rinde culto apasionado y sincero, como puede el ermitaño besar la cruz, — compañera de sus soledades, — con fe, con amor, poniendo el alma entera en su devoción poética.

En la portada de un libro de versos, no debo yo entretener al lector por más tiempo, diciéndole lo que en detalle encontrará al recorrer sus páginas. Mi tarea

es, sencillamente, porque así lo quiso la galante invitación de Reyna Almandos (que en esta forma me asocia á la suerte del libro), la de presentarle al público, que, por otra parte, bastante le conoce, y le aplaude; y yo limito en este caso mi presentación á esta que, en su laconismo, dirá más que mis divagaciones literarias: «¡Es un poeta!»

ENRIQUE E. RIVAROLA.

La Plata, 26 de Noviembre de 1905.

PRIMERA PARTE

ODAS Y POEMAS

INVOCACIÓN

A mis padres.

I

¡Salve, salve, sublime poesía!
¡Diosa del pensamiento que fulgente,
Más que el radiante sol del almo día,
Eres de gloria inextinguible fuente!
¡Manantial de clarísima armonía,
Cántico excelso, aureola de la mente,
Presta á mi voz tu portentoso aliento
Y un rayo de tu luz al pensamiento!

II

¡Salve, salve, mirífica señora,
De belleza purísimo dechado,
Que en el dorado alcázar de la aurora
Tu magnífico trono has elevado!

¡Salve, gentil deidad, que bienhechora
Del poeta en la mente has escanciado,
Cual en límpido vaso cristalino,
La quinta esencia de tu ser divino!

III

¡Salud, salud, sonrisa de la vida,
Canción primaveral que amores vierte,
Como iris la gota desprendida
De la nube que en nada se convierte!...
¡Alienta, inspiración adormecida!
¡Tu acrisolada llama se despierte,
Para que pueda, remontando el vuelo,
Guïado por tu luz tocar el cielo!

IV

Como el águila audaz sube á la cumbre
De la montaña que los cielos hiende,
Y rasando la altísima techumbre
Contempla el mundo que en fulgor se enciende,

Y luego, ansiando conquistar la lumbre
Del infinito, al infinito asciende,
En el éter las alas balancea
Y el orbe inmensurable señorea;

V

Así también mi inspiración vehemente
Pasear ansía en vuelo majestuoso
Los espacios do el sol resplandeciente
Rueda veloz sin tregua ni reposo...
Y desde la región ignipotente
Descender hasta el mar que proceloso
En sus ecuóreas simas alimenta
El genio asolador de la tormenta.

VI

¡Salve, soberbio mar!... Débil mi acento,
Su invocación á tu poder no alcanza,
Y vacila y desmaya el pensamiento
Cuando á cruzar la inmensidad se lanza!

¡Qué ferviente clamor! ¡Qué movimiento!
¡Qué infatigable, colosal pujanza
De gigantescas olas que porfían
Y los altos peñascos desafían!

VII

¡Cuántas veces sentado en la ribera
De la inquieta llanura solitario,
Tal vez buscando hermosa una quimera
Perdida de la mente en el santuario,
Mi espíritu, que ardiente te venera,
Oh poesía, al grito tumultuario
Del mar se despertó, y unió su acento
Al clamor de las olas turbulento!

VIII

¡Cuántas veces allí, oh prodigiosa
Líquida inmensidad que el alma abrumas,
He llegado á escuchar la fragorosa
La estentórea canción de tus espumas!

Y del alba á la luz esplendorosa
Que el velo rasga de tus hoscas brumas,
Al contemplarte indómita y bravía
Tu imperio admiré entonces, ¡poesía!

IX

¡Padre de las borrascas iracundo!
¿Cómo el hombre lanzándose atrevido
De las olas al seno, á lo profundo
Del satánico mar embravecido
Domeña tu furor y ofrece al mundo
Otro mundo mejor desconocido?
¿Cuál tu secreto á descubrir se atreve
Si en tus entrañas la traición se mueve?

X

¿Cómo el débil mortal sobre su nave,
La vela dando al tempestuoso viento,
Regir tus iras y caprichos sabe?
¿Cómo doma y refrena tu ardimento?

¿Cómo consigue descifrar la clave
En que ocultas falaz tu pensamiento?...
¡Oh mar, oh mar! león encadenado
Que al humano poder te has humillado!

XI

Si eres sublime cuando clama al cielo
Tu ronco grito y se sacude airada
Entre las sombras del nocturno velo
Tu melena de espumas encrespada;
Si eres sublime, oh mar, cuando el flajelo
De tu furia sin par de muerte armada,
Revolviéndose en vórtice iracundo
Ansiar parece castigar el mundo;

XII

¡Cómo también el ánima se admira
Cuando en la aurora que en Oriente raya,
Mientras tu acento colosal suspira
Llegas benigno á humedecer la playa!

¡Cómo la onda sosegada expira
Y en sitibundo tálamo desmaya,
Cual herido bridón que desangrado
Llega del campo de la lid cansado!

XIII

Muere la ola, y al morir parece
Contar en su fluctísona armonía
Del náufrago la historia, que embellece
Con el himno postrer de su agonía...
Y la noche al llegar, cuando envejece
Entre las sombras de la tarde el día,
Callado el mar, como titán vencido,
Tristemente solloza desmarrido.

XIV

¡Inextinguible fuente de hermosura!
¡Mi mente en contemplarte se extasía!
¡Cuánta sublimidad en tu locura!
¡Y cuánta majestad en tu armonía!

¡Todo en tu abismo á un tiempo se conjura
Para abrigar excelsa poesía;
Y ora en la tempestad, ora en la calma,
Eres la eterna traducción del alma!

XV

¡Mas no es el mar, oh no, todo tu imperio!
Ese férvido, indómito oceano
Que por romper su rudo cautiverio
Dentro su cárcel se revuelve en vano!
¡Tú embelleces también otro misterio
Donde el audace pensamiento humano
En alas del relámpago conquista
Imperios de zafir y de amatista!

XVI

Despertando del día en áureo lecho,
Abres las puertas del dorado Oriente,
Y hallando el mar á tu belleza estrecho
Buscas el infinito refulgente.

¡Tuyo es el cielo... para ti lo ha hecho
Quien la creación gobierna omnipotente
Y generoso en su poder divino
Ofrece al genio sideral camino!

XVII

¡Reinas allí, gloriosa poesía!
Allí tu alado carro nacarino
Por la luciente y estrellada vía
Se engolfa en el celeste torbellino.
Allí riges augusta la armonía
De los astros que siguen su camino,
Y con ellos la frente coronada
Vuelas en pos de la eternal morada!

XVIII

¡Cuánto luces, oh numen soberano,
Cuando el venero de la luz divina
Abres rïente con tranquila mano
Y sueltas su corriente cristalina!

¡Cuál reverbera el célico oceano
Cuando el sol al Oriente se avecina,
Y en el purpúreo manto la llanura
Se envuelve y luce fúlgida hermosura!

XIX

¡Es la aurora! Eres tú, que engalanada
De arrebolado resplandor la frente
Saludas la creación! ¡Es la alborada
Naciendo de las aguas del Oriente!
¡Viajera de los cielos encantada!
¡Cuál de belleza inagotable fuente
Fluye en tu ser, en tu amoroso seno,
De mil venturas y riquezas lleno!

XX

Mas cuando en sangre y púrpura teñido,
En el mar del ocaso rutilante
Zozobra el sol, cual barco destruído,
Del sidéreo oceano navegante;

Tú, el rostro encantador adolorido,
El naufragio al llorar, con tremulante
Mano despliegas por el alto cielo
Negros cendales y luctuoso velo!

XXI

¡Hora solemne, noche sosegada!
Cuando enciendes las lámparas del cielo
Y la luna tranquila y plateada
Alza á la cumbre zafirina el vuelo;
Y allí, desde la cúpula sagrada
Del palacio de Dios con santo anhelo
En medio á esplendorosos luminares
Lanza su bendición sobre los mares;

XXII

¡Cuál del poeta el alma soñadora
A tu imperio de luz su genio guía
Y en tu límpida frente seductora
Halla pura, ideal melancolía!

Entonces su laúd tristezas llora,
Y en sus trémulas cuerdas la elegía
De tu corta viudez de encantos llena,
Tierna y quejosa suspirando suena!

XXIII

Mas ¿qué?... ¿Sólo en el alto firmamento,
Inmensurable asilo de grandeza,
Oh poesía, tu glorioso asiento
Se eleva y resplandece tu belleza?
¿De la región azul el movimiento
Puedes sólo regir?... ¿Naturaleza
No te ofrece también nuevos jardines
En la vasta extensión de sus confines?

XXIV

Crece la flor. Su copa perfumada,
Como la virgen anhelando amores,
Se ofrece temblorosa y delicada
Del alba á los rosados resplandores,

Al beso de la brisa regalada,
A los himnos del ave arrulladores,
Y tú, con nueva luz, una aureola
Formas en torno á la gentil corola.

XXV

¿No eres tú quien en plácida corriente
Que desciende fugaz de las montañas
Robando su hermosura al refulgente
Cielo, tu cuerpo inmaculado bañas?
¿No eres tú quien anima de la fuente
El murmurar, y entre frangibles cañas
En donde el viento sus suspiros deja,
Modulas blanda y amorosa queja?

XXVI

¿No eres tú quien da música á la brisa
Que grácil y sutil en la mañana
Por florígeros campos se desliza
Voluble, leve, alígera, galana?

¿No das al viento placentera risa
Cuando á la flor en cortejar se afana
Y en invisible y caprichoso giro
Suelta de amor el lánguido suspiro?

XXVII

¿No tiendes en el val la hermosa falda
De tu esmaltada y rica vestidura
Mientras del monte en la mullida espalda
Reclinas la cabeza con blandura?
¡Todo lo cubre de oro y esmeralda
Tu veste sin igual, y su hermosura
De una sierra á otra sierra resplandece
Y el valle se recrea y embellece!

XXVIII

¿No eres el canto de la agreste umbría
Bajo cuyos doseles revolando
Aves y mariposas alegría
Van en sus leves alas espaciando?

¿No eres tú la graciosa melodía
Que en los senos recónditos vibrando
Del bosque ríe, en los verjeles suena
Llena de amores y venturas llena?

XXIX

Tomando formas mil llenas la vida,
La vida universal!... El firmamento
Donde en mundos sin término esparcida
La gloria está de Dios!... El movimiento
De la mar pavorosa... La extendida
Pampa sin fin barrida por el viento...
El valle ameno, la montaña enhiesta,
El asilo feliz de la floresta!

XXX

¿Mas quién, en tanto, universal señora,
Transportado á tu reino se extasía
En tu contemplación, allí te adora
Y su grandeza en tu poder confía?

¿Quién á tu sede alcanza brilladora
El vuelo de la rauda fantasía
Alzando, como el águila, á la altura
Para admirar tu espléndida hermosura?

XXXI

¿Quién del mundo incansable peregrino,
En el corcel del genio cabalgando,
De la inmortalidad en el camino
Marcha la fuente de tu amor buscando?
¿Quién se inspira en tu acento peregrino
Y en el arpa su espíritu dejando,
Clarividente, transportado crea
La fábrica sublime de la idea?

XXXII

¿Qué voz de tu existir reveladora
Suena en el seno de la humana gente,
Y de los siglos á través sonora
Repercute doquier omnipotente?

¿Qué voz, qué voz altiva y vibradora
Siempre inspirada en ti, perpetuamente
Del mundo en las soberbias catedrales
Entona sus canciones inmortales?

XXXIII

¡Es la voz del poeta! ¡Él, que comprende
Tu misterioso ser, él, que te admira,
Él, que inspirado hasta tu trono asciende,
Él de las manos te robó la lira!
Él, que las alas de su genio tiende
A tu imperio de luz y en ti se inspira,
Él, sólo él, tu espíritu interpreta!...
¡Salve al genio inmortal! ¡Gloria al poeta!

XXXIV

De la altísima cumbre de la idea
Contempla el maremágnum de la vida...
¡Revuelta, enorme, colosal marea
Por titánicos monstruos sacudida!...

¡Furiosa allí y salvaje clamorea,
Gimiendo allá se arrastra desmarrida,
Y entre tinieblas y fulgor divino
La envuelve entre sus brazos el destino!

XXXV

Gritos de tempestad, lúgubre acento,
Clamor de guerra y exterminio, en tanto,
Cual del torrente el rebramar violento
Que el alma sume en doloroso espanto;
De funerales voces el lamento;
Desolador, universal quebranto,
En la lira del bardo gime ó truena,
Y los espacios con sus himnos llena!

XXXVI

Mas también dulces sueños de ventura,
Gratas promesas de mejores días,
Himnos sin una nota de amargura,
Brillantes y felices fantasías;

De la dicha benéfica hermosura
Llena de deliciosas armonías,
La esencia de tu amor, la esencia santa,
Traduce el trovador cuando te canta!

XXXVII

¡Porque tú eres el amor divino!
¡Porque tú eres el amor humano,
Adorno de los cielos peregrino,
Del hombre amable y pérfido tirano!
¡Y él, el poeta, él, el adivino
Que rasga el velo del futuro arcano,
Ensalzando el amor en sus cantares
Lanza tu bendición sobre los mares!

Marzo de 1903.

ESTROFAS

A mi hermano Jorge.

¡Dejad, dejad que temple las sonorosas cuerdas
Del arpa de mis cantos, del arpa de mi amor!
¡Dejad que nuevamente levante la armonía
Que el céfiro en sus alas otrora arrebató!

¡Dejad, dejad que vibren, cual otra vez vibraron
En las serenas noches junto al inmenso mar,
En las plácidas tardes mientras el sol llevaba
Al reino vespertino su altiva majestad!

¡Dejad que arrebatado de inspiración creadora
Las notas de mi lira se esparzan por doquier,
Como al llegar las horas del fecundante estío
Se puebla de cantares y flores el verjel!

¡Dejad que hoy, cual entonces, su voz alce el poeta!
¡Exhausto de armonía su espíritu no está!
¡Las brisas nunca pliegan sus alas, no enmudecen
Las aves en los bosques, las olas en el mar!

Amor, rey de la vida, que la existencia rige,
Que llena los espacios de vívido esplendor,
Que cubre de hermosura florígeras praderas
Y tiñe el horizonte de nácar y arrebol;

Amor, que pone el canto de su entusiasmo eterno
En las inquietas olas del piélago sin fin,
En las etéreas alas de la ligera brisa
Que el arpa es de los campos en florecido Abril;

Amor, que une los seres en íntimo consorcio,
Amor, que une los astros del firmamento azul,
Amor, que abre las puertas del matutino alcázar
Donde destella aurora su refulgente luz;

Amor cantó el poeta con inspirado acento
En días que pasaron y nunca volverán...
¡Oh hermosas primaveras! ¡Oh espléndidos estíos!
Inolvidables horas ¿adónde, adónde estáis?

Mas quedan en los vientos de las tranquilas tardes
Los ecos de mis cantos, susurros de mi voz...
Sobre sus alas vuelan, cual músicas perdidas
De un coro de ilusiones que el euro arrebató!

Dejad que en la floresta, bajo el dosel frondoso,
Resuenen con dulzura mis cánticos de amor,
Como bajo las bóvedas de místico santuario
Susurran melodías con alas de oración.

¡Cantemos hoy la vida!... De la naturaleza
Belleza indefinible, sublime majestad...
Los amplios horizontes do muere la mirada
Perdida en los misterios que en vano escrutará.

A los abiertos cielos que el universo encierran
En el celeste abismo donde navega el sol,
Al esplender el alba ó al sollozar la tarde
Alcemos la mirada para pensar en Dios!

¡Fábrica majestuosa! ¡Templo del infinito!
¡Oh firmamento! ¡Imperio de rutilante luz!
¿Adónde van volando tus fúlgidas estrellas
Que de la noche exornan el funerario tul?

¿Adónde van?... ¡Muy lejos!... Allá donde tan sólo
El pensamiento humano se atreve á penetrar;
A do la fantasía del sabio y del poeta
Se lanza en raudo vuelo, cual águila caudal.

¡Cantemos hoy la vida!... Mi espíritu inspirado
Al canto de las aves reuna su canción...
Amigo de los bosques, de su misterio amigo,
Sea también alado y amable habitador!

¡Cantemos hoy la vida!... La vida es muy hermosa,
Aunque bajo los cielos brame la tempestad,
Aunque siniestras flámulas los ámbitos enciendan,
La vida es muy hermosa, la vida he de cantar!

Si la tormenta ruge y en su ímpetu violento
El árbol de la selva desgaja con furor,
En medio á sus clamores he de entonar un himno
Que tenga de su genio funesta inspiración!

¡Magnífico espectáculo!... De pie sobre la roca
Que inerte desafía las iras de la mar,
Entregaré las cuerdas de mi templada lira
Al soplo turbulento del férvido huracán!

Y el himno de la vida, de la batalla eterna
Del hombre con el hombre gigante vibrará...
Y acaso acaso llegue de las hirvientes olas
Que el vendaval revuelve la grita á domeñar!

Mas cuando fatigados los negros nubarrones
A los abismos bajen en loca dispersión,
Y el arco esplendoroso desde el Oriente oscuro
Del astro rutilante salude el esplendor;

Yo cantaré la gloria de la feliz bonanza,
Yo ensalzaré la gloria de la fecunda paz...
Y entonces la tranquila y amable cantinela
De amores y ventura mi lira entonará.

Dejad, dejad que evoque á la deidad sublime
Que por doquier difunde su peregrina luz...
¡Celeste poesía, del alma sacro fuego,
Fuente de portentosa, suprema excelsitud,

¡Presta á mi voz el canto que das á la alborada,
Al ave, al viento, al río, al proceloso mar...
Mi voz cantar desea como en aquellos días
De fúlgidas quimeras que nunca volverán!...

Mas hoy de la existencia cantemos la hermosura,
Su sin igual grandeza con alta inspiración...
La flor, el ave, el viento, la tempestad, la calma,
La inmensidad sin término, el infinito... ¡Dios!

1902.

AL MAR

A Ernesto G. Rom.

Hállome junto al mar, en la ribera
Donde las olas sus endechas cantan
Y orgullosas levantan
De espuma la rizada cabellera.
Allí donde altanera
La humana vanidad cae rendida;
Allí donde la vida
Se mira con la muerte de hito en hito,
Y grande siempre, siempre impetüoso,
Lleno de ardiente afán, desde su seno
Dilata airado el mar su ronco trueno,
Su colosal, su inacabable grito!

¡Hállome junto al mar!... Tiemblo, vacilo...
¡Sublime horror y seducción sublime!
¿Qué es el hombre ante ti, soberbio asilo
De tanta inmensidad? ¿Quién el misterio
Que encierras ha sondeado
Y sin temor tus olas desafiado?
¿Quién te invocó y en loco desvarío
Clamó demente y te pidió un momento
Calma, calma mortal, cuando tu acento
No enmudece jamás?... El pecho mío,
Donde palpita extremecida el alma,
Donde mi ser se mueve
Con el alma del mar, ¡oh! no se atreve,
No se atreve á decirte ¡calma, calma!

¡No, proceloso mar! ¡No!... que admirado
De tu horrendo furor pasmado miro
Volcar tus olas en la ruda playa...
Mi espíritu desmaya
Y apenas ¡ay! con libertad respiro!
¡Allí, monstruo rugiente,
Cubierto el lomo de tremante espuma,
La altiva peña con furor abruma...

Alza al cielo la frente,
Terrible el ceño, el trueno en su garganta,
Bramador se levanta
Como retando á Dios, y luego, inerte,
Vencido al fin en su iracunda saña,
La áspera costa baña
Y al término del mar halla la muerte!

¡Cuán soberbio en tu ardor!... ¡Oh, si supiera
Libre elevarte el himno que en mi mente
Resuena ya y glorioso darlo al viento!
¡Si desde el alto asiento
De la abrupta ribera
Hacer que oyeses mi cantar pudiera!...
¡Si digno fuese de tu voz mi acento!...
¡Mas vano alarde, oh piélago bravío,
Y empeño estéril de mi mente loca
La voz alzar, que en su altivez te invoca
Como te invoca el pensamiento mío!

Calmas, en tanto el estentóreo grito...
Y cual león que de la lid se olvida,

Parece que se anida
En ti la placidez del infinito.
Murmuras dulcemente
Junto á la playa que azotaste un día,
Y alegre algarabía
De leves olas y graciosa espuma
La arena de oro undisonante abruma.
¡Cuánta, cuánta armonía
Allí donde clamó torva fiereza!
¡Cuánta, cuánta belleza
Destellando en tu seno!
¡Cuál rïela sereno
Como en clara laguna,
En tu cristal azul la blanca luna!
¡Cuál se retratan bellas
En majestuosa noche
Las fúlgidas estrellas!
¡Cuál habla al corazón del que medita
En la sublime inmensidad del alma,
Esa solemne y misteriosa calma
Que en los abismos pérfida se agita!

Apenas ¡ay! á contemplar me atrevo
Tu inaudito poder!... ¿Mas qué?... ¿Acaso
Tú, prodigio sin par, mar bonancible
Hoy, turbulento ayer, siempre mudable,
Eres al pensamiento inescrutable?
Arcano portentoso,
¿Nadie el misterio descubrió que encierra
Tu seno tenebroso?
¿Nadie se atreve á promoverte guerra
Y mísero se aterra
Ante la infausta tempestad que azota
Las inmutables lindes de la tierra?...

¡No, y mil veces no!... ¡Nunca indomable
Llegaste á ser, oh monstruo que batallas
En cárcel secular!... Algo tan fuerte
Cual tú mismo, sojuzga tu fiereza,
Algo que en su admirable fortaleza,
Despreciando la muerte
Que por doquier de lo profundo surge,
Responde á tu clamor, dobla tu orgullo,

Y con alma serena
Las soberanas olas encadena!

¡El genio, el genio! ¡El pensamiento humano!
¡El hombre!... ¡Ese es tu rey, rey de los reyes!
¡Él opuso á tus leyes otras leyes;
Él, poder sobrehumano,
Con heroica osadía,
De ti, tirano eterno, fué tirano!...
Y al par mísera arista
Que en sus ligeras alas lleva el viento
Y que mortales soplos arrebata,
Tus dominios conquista,
Tus siniestros conjuros desbarata,
Tus dominios sin término sondea,
Tus estupendos ámbitos explora...
Y subyuga tu saña destructora
La energía invencible de la idea!

En la primera edad, cuando la vida
En pavoroso caos batallaba,

Y apenas encendida
La luz del pensamiento vacilaba;
Tú eras el rey, tú sólo; y grande y fuerte,
Dueño del mundo, en las riberas solas
Batidas por tu cólera sin freno,
Retumbaba tu voz, el ronco trueno
De las hirvientes y revueltas olas!

¡Mas alza luego el triunfador la frente!
¡Raudal de luz fulgura el pensamiento!
Teme el mortal, vacila... ante tu acento
Ensordece tal vez!... Después se agita,
Alienta, clama, invoca,
Tu reto le provoca,
Tu violencia le irrita,
Y á desafiarte altivo se concita...
«¡Allá, allá! exclama...
Allá do se hunde el cielo
Mi genio llevaré! ¡Romperé el velo
De tu arcano fatal, mar sin medida;
Y grande como tú, cual tú profundo,

Rompiendo de la sombra el cautiverio,
Por conquistar tu inmensurable imperio
Conquistaré la inmensidad del mundo!»

¡Y avasalla tu orgullo y tus traiciones!...
Mientras hermoso y colosal te admira,
Mientras te ofrece su sonante lira
E imita tu clamor en sus canciones;
Mientras al Dios que te conmueve canta,
Mientra exalta tu indómita locura,
Y mirando á sus pies tanta hermosura
Himnos el bardo á tu esplendor levanta;
Alta la frente, en la atrevida nave
Que en el secreto de la selva oscura
Robusta encina fué, gallardo pino,
Abre del mar con misteriosa llave
Las tenebrosas simas el marino.

¡Recorre al fin la inmensidad!... ¡Oh gloria!
¡Oh hazaña sin segundo! ¡Oh maravilla!

¡Oh admirable portento!... ¡El mar se humilla!
¡Y desde su alto asiento
Saluda al genio de Colón la Historia!...
¡Atrás la duda, la ignorancia impía
Que invoca á Dios en su soberbia insana!
¡Atrás, ciencia que un día
Fanática y osada detenía
El vuelo de la idea soberana!
¡Atrás, grey fementida,
Que de oscuros principios en el nombre,
Cerrar pretende al hombre
El gigantesco teatro de la vida!...
¡Ya abre el marino el insondable arcano!
Y la virgen América ignorada,
De majestad y gloria coronada
Surge de los abismos del Oceano!

¡Un mundo nuevo, un mundo nuevo! ¡Salve!
¡América!... Del mar rica presea,
Que al ensanchar los lindes de la vida
Agiganta los lindes de la idea!

¡Cual nuevo sol que alumbra el firmamento,
Se hace la luz en la tiniebla oscura...
Huyen las sombras, y doquier fulgura
La nueva luz de un nuevo pensamiento!

Doquier tiendan los ojos la mirada,
Asombro encontrarán, gloria y belleza,
Veneros de magnífica riqueza
De los antiguos siglos ignorada.

Tierra sin fin donde encerró Natura
Cuanto de inmenso concibió en su mente:
La altísima montaña juntamente
De la sima á la enorme sepultura.

El anchuroso río que rodando
De cascada en cascada al mar se lanza,
Y entre estupendas selvas se abalanza
Florestas colosales reflejando.

Llanuras sin confín donde se anida
La altiva libertad del mundo ansiada...
¡Que en ti nació, oh América encantada,
La aspiración suprema de la vida!

¡Y por doquier que espléndido aparece,
Del Artico al Antártico extendido,
El mundo nuevo al mundo envejecido
Su portentosa inmensidad le ofrece!...

¡Oh mar, oh mar! Si el arpa de mis cantos
Himnos entona á tu sin par grandeza,
Y trémulo ante ti, desde la orilla
La ingente maravilla
Admiro y tu magnífica belleza;
Si mi frente se humilla
Y enmudece mi voz ante tu acento;
Si feble el pensamiento
Cierra ante ti de su esplendor la fuente;
¡Oh mar! también se siente

Admirado mi ser cuando gloriosa
Cual frágil nave tu extensión navega,
Cuando á tus olas férvidas se entrega,
Cuando ignotos misterios desafía,
Cuando lanzada en pos de su destino
El mundo ensancha ante la altiva prora,
Entonces vibradora
Te eleva su cantar el arpa mía!

Y ahora, junto á ti, en la ribera
Donde las olas sus endechas cantan
Y orgullosas levantan
De espuma la rizada cabellera,
Demente acaso, transportado, loco,
El himno dando de mi arpa al viento
Que entre las peñas de la costa gime,
¡Oh piélago sublime,
Camino del progreso, yo te invoco!

1904.

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

Otoño se acerca... La arboleda umbría
Pierde su lozano verdor, y la amena
Campiña sus puras y plácidas flores:
Inclinan su frente delicadas rosas,
Y lloran pensando que en pechos amantes
No hallarán el último goce de la vida.
«¡Qué fría es la tierra, dicen, que esperando
Está nuestras pobres corolas süaves
Que tantos perfumes á las brisas dieron!
¿Por qué no pasaron dos amantes cerca?
¡Adornado hubiéramos sus frentes dichosas
Y al morir oído de amor sus cantares!»...
Y dicen las aves que en las ramas verdes
Cantaron en horas pasadas amores:

«¿Por qué nos despoja misteriosa mano
De tanta ventura, de belleza tanta?»
Y al último grito pesaroso y triste
Que lanzan, se cierran sus calientes nidos
Y queda en silencio doquier la Natura.

¡Otoño se acerca!... ¡Oh fúlgido y bello
Estío que huyes luciente, que huyes,
Cual del alma alguna ilusión rosada,
Dejando la tierra de encantos vacía!
¿Por qué ya á las flores no das tus destellos?
¿Por qué haces que el canto del ave enmudezca?
¿Por qué á las graciosas doncellas que aman
Sorprender no quieres en sus blandos sueños
Con la luz rosada de espléndida aurora?...
¡Oh estío que llevas tus galas muy lejos!
¿Por qué en abandono dejas los lugares
Do moro, do muchos vivimos amando?...
La voz del poeta resonó dichosa
Cuando tú reinabas entre luz y flores...
¿Por qué ahora el bardo, que cantó alegrías

Al templar su lira triste endecha entona?
¡Oh estío fulgente, fecundante estío!
Bien ves lo que viene siguiendo tus pasos,
Siguiendo tu senda de luz y de gloria!
El Otoño triste que al bosque las frondas
Arranca, que al campo desnuda de galas,
Que al alma despoja de hermosas venturas!
¡Oh cambio profundo!... ¿Dónde las sonrisas
Están de la aurora; sus cánticos dónde
Resuenan vibrando, cual coro divino?
¡Ya en triste abandono cayeron las rosas
Que el viento destruídas se lleva gimiendo;
Y con miedo escuchan la armonía extraña
Las aves que pían temblando en sus nidos!

Suena al par del bardo la lira sonora...
Mas tan sólo evoca recuerdos de un día
Breve cual el soplo de alígero céfiro.
¡Oh tristes cantares, recuerdos pasados
Llorando en las cuerdas del arpa amorosa!
¡También las venturas del bardo han caído!

¡También de los montes las hojas cayeron!
¡También marchitaron las rosas de un día!

¡Eterna es la historia!... Mas ¡qué! ¿todo muere?
¡Oh no! ¡Que algo resta precioso y bendito
Doquier se dirijan los ojos, doquiera
Se lancen los pasos, y doquiera vaya
En sus leves alas nuestro pensamiento!
¡El amor!...
¡Oh fuerza poderosa y grande!
¡Oh luz infinita que nunca se extingue
Aunque el sol se oculte tras negros nublados!
¡Oh vida fecunda, vida creadora
Que todo lo envuelve! ¡Amor! ¡Cuán eterno
Eres, cuán divino!... Flor única bella
Entre las más bellas, ¿puede Otoño acaso,
Con su helado soplo, con su niebla oscura
Marchitarte? ¿Puede tu inmortal belleza
Mancillar?... ¡Por siempre vivirás lozana,
Flor de los amores! ¡Que jamás se agosta
Ni marchita nunca la flor de la vida!

Si todo se abate del Otoño al hálito
Letal, si sus vientos en rápidos giros
Arrastran las flores que á amor adornaron,
Tú, amor, siempre imperas, siempre luces, siempre
Ofreces al alma tu grata hermosura,
Tu vida, tu esencia que al mundo embalsama!
¿Qué importa que Otoño la tierra despoje
De gráciles galas, de luz los espacios
Do vuelan los orbes en viaje sublime?
¡Qué importa! ¡Nos resta de amor el perfume,
De amor en la frente corona de flores
Bajadas en rayos de luz desde el cielo!

1896.

IDILIO

Bajo el dosel frondoso
Del bosque florecido
Donde sus galas abandonó Abril,
Allí donde la música
De la brisa y el ave
El ritmo alado eleva sin cesar;

Allí donde la sombra
De las frondas alivia
Ardiente el rayo del brillante sol,
Y tibia luz quebrada
Del rocío en la trémula
Gota destella fúlgida doquier;

Allí, bajo el abrigo
Del sauce añoso, cuanto
Del manso río al plácido caudal,
Paseando una mañana
En busca del misterio
De la arboleda, sola la encontré.

Hermosas son las flores
Que adornan las riberas;
Bellos los astros de la esfera azul;
Ilusión del poeta
Las leves mariposas
Que amor libando van de flor en flor.

Mas ¿quién cual tú, ignorada
Gentil habitadora
De la silvosa margen? ¿Quién cual tú,
Que sólo á una mirada,
A una feliz sonrisa,
Mi vida puso en singular prisión?

Detúveme, admirado
De hallar entre la agreste
Sombra del bosque tan radiante luz.
Laura robó á su rostro
Pálidas azucenas
Y en cambio el alba rosicler le dió.

Excusas di. — « Pasaba
Buscando en la floresta
Grato perfume, » trémulo exclamé.
« ¿Es por aquí el sendero? »...
Y alguna tontería:
« ¿Es este el manso río, no es verdad? »

Su voz me arrulla entonces.
— « Señor, me dice, una
Sola es la senda. Lleva á la ciudad
Este río... Excusadme...
Señor... Adiós... » — ¡Cuán tímida
Era de aquella sílfide la voz!

«¡Excusad vos!» le dije
Con imperio amoroso,
Temiendo hallarme en honda soledad.
Yo buscaba el misterio...
Era el misterio Laura...
¿Cómo hallarlo y perderlo aquella vez?

Sonrió entonces.—«Los barcos
Bajan, señor, las horas
Duplicando, llevando á la ciudad
Del fuego el alimento,
Las frutas de estos montes,
Flexible mimbre y flores... nada más.»

Acerquéme.—«¿Y tan sola
Reinas aquí?»... Una clara
Sonrisa entre sus labios jugueteó.
—«A sombra de los sauces
Del albardón cercano
Busca mi padre su sustento... ¡allá!»

—«¿Y tu casa?»—«Muy cerca.»
—«¿Y tu nombre?»—«¿Mi nombre?...
Laura»—«¡Qué hermoso nombre! ¡un canto es!
Música que te arrulla
Desde la cuna!» dije,
«¡Laura es el nombre del eterno amor!»

Miróme inquieta. Absorta
Quedó después.—«¡No temas,
No temas, dulce Laura! Inquieta estás,
Mas ¿por qué?...» Y dulcemente
Con grave gentileza
Mi espíritu anheloso se esparció.

¡Y el de ella al par!... La historia
De su vida, el perfume
Llevóse de sus labios, y á la voz
De las ondas del río,
Unió de sus secretos
El susurrante y plácido cantar!

Contemplábala extático...
La música inefable
De solitaria virgen escuché.
Recuerdos de otros tiempos...
Sombras de años pasados...
Lágrimas, inquietudes, soledad.

Mas del cuadro sombrío,
Cual de entre rotas nubes,
El rayo fulge del radiante sol,
Destella su hermosura,
De sombra el alma limpia...
Luce la frente de la flor de Abril!...

—«¿Y tu historia?... Es extraña
Como la mía?... Envuelta
En misteriosa sombra está también?»...
Su acento era muy tierno...
La seducción tenía
De honda y femenil curiosidad.

No respondí al instante.
Mi mente sin sosiego
La selva del encanto escudriñó...
Enervante el perfume
De una flor seductora
Buscaba en la floresta con afán.

—«Yo soy quien busca, oh Laura,
Exclamé, la ventura,
Porque jamás sus dichas conocí...
Yo soy aquel que anhela
Subir á la montaña
Para poder los orbes contemplar.

«Yo soy el peregrino
Del pensamiento. Alas
Me da la generosa inspiración...
Recorro el universo,
Sus misterios descubro...
El mundo es mío, el mar, la esfera azul.

«Todo es pequeño... Todo
Mi mente lo domina,
Y lo engrandece y lo embellece al par.
Nada hay que domeñe,
Oh Laura encantadora,
Nada hay que domeñe mi altivez.

«¿Has visto el mar?... Su abismo
Donde el funesto numen
Mora de la violenta tempestad,
Es un hondo misterio
Para el profundo sabio...
¡Mas nunca fué un misterio para mí!

«Recorro el orbe... el cielo
Sus estrelladas sendas
Al carro de mi mente regaló...
Abro las puertas de oro
De la aurora, y la turba
De las sombras disperso por doquier.

«Los vientos encadeno,
Las nubes aprisiono,
Doy al céfiro alado libertad...
A las flores perfume,
Cantigas á las aves,
Y suspiro á las brisas del verjel.

«Mas ¡ay! honda es mi pena,
Tan honda, que doliente
En vano busco amparo en mi dolor...
Amargas son mis horas,
Y mis afanes vanos...
¡Yo nunca la ventura conocí!»

Callé. Y ella anhelosa
Exclamó:—«¿Qué te falta?
Si todo lo dominas, si del mar
Eres dueño, del cielo,
Del bosque, de las aves,
Te falta poco para ser un Dios!»

—«¡Un Dios sin ti!... La noche
Para mi mente cuando
De ver dejara tu esplendente luz...
La inspiración perdida,
El águila sin alas
Que hasta los cielos férvida se alzó!

«Dame el alma, que tu alma
Es jardín perfumado
Donde podrá mi inspiración volar...
Eres la flor divina...
Yo soy la mariposa...
¡Y el néctar de tu cáliz libaré!

«Cantaré la hermosura
De tus ojos... tu acento
Imitarán las cuerdas del laúd...
Y al cantar susurrante
De amor en la floresta
Las aves á buscarte volarán!»...

Suspira á mi requiebro...
Y á sus plantas rendido
El canto elevo del eterno bien...
Mientras las auras puras
Entre sonantes cañas
El himno entonan del eterno amor!

1902.

EL ÁRBOL SOLITARIO

A Maximiliano Aguilar.

En medio de la pampa, rodeado de verdura,
Cual barco abandonado en el inmenso mar,
Se deja solitario mecer el verde sauce
Por el ameno soplo del aura matinal.

¡Qué hermosa es su existencia! la luz de la alborada
Que el horizonte enciende en gualda y rosicler,
Las ramas ilumina del sauce que destella
Del límpido rocío fulgente brillantez.

¡Qué alegre al medio día el viento sosegado
Suspira entre sus hojas secreta una canción!
¡No hay árbol que le pueda robar la dulce música
Del viento que á él tan sólo susurra tierno amor!

Bajo su rica fronda sonante de canciones,
Se acerca la pareja de amantes á cantar.
Él solo puede oirlos, y el cántico amoroso
Los árboles del bosque robarle no podrán.

¡Feliz, feliz mil veces el árbol solitario!
¿No vienen á sus ramas los nidos á tejer
Alígeras bandadas de alegres avecillas
Trayéndole cantares del campo y el verjel?

En los flexibles tallos se posan, y en el seno
De su opulenta copa levantan su canción;
Y cuando el sol se aleja y al Occidente cae
Aleteando entonan el vespertino adiós.

Todo en silencio queda sobre la pampa inmóvil...
Envuelve el conticinio la enorme inmensidad,
Mientras celeste rayo de la plateada luna
Las hojas acaricia del árbol secular.

«¡Oh noche! exclama el árbol en su lenguaje extraño,
Que sólo el viento puede y el ave comprender.
¡Oh noche siempre amiga que abrigas mi ramaje,
Soy yo tan sólo tuyo!»... ¡Dichoso el árbol es!

Así vive tranquilo. Contémplalo el viajero,
Y admira su grandeza, su regia majestad.
¡Cuán solo está, mas cuánta felicidad lo envuelve!
¡Amor viene á sus ramas los nidos á colgar!

Mas ¡ay! la muerte llega... la tormentosa nube
Empaña repentina la esfera de zafir...
Inmensurables alas extiende gigantesca...
Doquier tiende su vuelo... ¡domina ya el confín!

Resuena con extraño misterio el ronco acento
Del trueno de la pampa solemne en la extensión.
Agítanse los vientos que otrora acariciaban
Del árbol solitario follaje temblador.

¡Ya llega! ¡ya cual vórtice fatal el viento gira
Del verde sauce en torno con furia sin igual!...
Ya arranca delirante con férvidos clamores
Las galas del silvestre palacio el huracán!

¿No veis cómo se agita bramando el torbellino?
¿No veis cómo en las nubes serpea roja luz?
¿No veis cómo viajeras frenéticas se lanzan
Cubriendo de los cielos la ingente magnitud?

¿No veis aquel gigante que encurva el negro lomo
Y portentoso y fiero se acerca al árbol ya?
¿No veis cómo lo atruena con pavoroso grito
Y bárbaro sacude su copa el vendaval?

Veloz, más que la flecha que burla fué del viento,
Se aleja la tormenta del mar hacia el confín...
El sol fulge sereno... destella el horizonte,
Y límpida se ofrece la esfera de zafir.

Mas ¡ay! ¡cuánto despojo! ¡Del árbol que crecía,
Cual nave solitaria del campo en la extensión,
Tan sólo yerto yace, como columna rota,
El tronco que un palacio de frondas sustentó!

¡Ya duerme seco, muerto sobre la pampa donde
En horas de bonanza su copa al viento dió!
¡Ya duerme destrozado, ni regalar ya puede
A la feliz pareja la sombra de su amor!

No viene ya la luna del esplendente estío
Sus rayos en las ramas flexibles á quebrar;
Ni es arpa melodiosa para la blanda brisa,
Ni en la sonante copa las aves cantarán!

1905.

LA VIUDA DONCELLA

Con triste dolor mora la doncella...
Sus ojos nos llaman á la compasión...
Quien la ve bien sabe cuál es lo que ella
Guarda en lo profundo de su corazón,
Corazón doliente como toda ella!

En un hondo valle, cercana al camino
Por do el mundo pasa, su morada está...
Fué en pasado tiempo feliz, y el destino
Crüel, el pasado tiempo no traerá,
No traerá á la casa de junto al camino.

¡Pobre y triste viuda que en tiempo pasado
Su frente de rosas fragantes ornó!
Amores gentiles al bien adorado
Cuántas veces ella con sonrisas dió,
Dió la pobre novia del tiempo pasado!

Del sendero á un lado, de lado caído,
Un derruído carro ha tiempo se ve...
Tumbada una rueda y el eje partido,
Como la fortuna de otro tiempo... Sé,
Sé la triste historia del carro caído.

Con dolientes ojos la doncella mira
En sombrías horas de inmenso dolor,
El destruído carro... su pecho suspira,
Y en la honda congoja de su sinsabor,
Sinsabor, la rueda destrozada mira.

«¿Dónde, dónde está mi dichoso dueño?»—
Dice con gemido que da compasión...
«¿Perdido por siempre?... ¡Ha de ser un sueño!...
¡Oh grande esperanza de mi corazón,
De mi corazón, que no tiene dueño!»

«¡Ah!... ¡cómo esa rueda que trajo á la suerte
Buena no se mueve desde que cayó!
Él cayó debajo y encontró la muerte...
¡Pobre el dueño mío, pobre el que murió,
Murió al ir en busca de la buena suerte!»

Prosigue su historia con trágico acento...
Gime el triste pecho con hondo pesar...
«¡La buena fortuna buscaba!»... y su aliento
Parece al recuerdo doliente llorar,
Llorar como suele sollozar el viento!

«¡Adiós! él me dijo—¡adiós, flor amada!
Con estas riquezas á aquel pueblo iré;
Y con alegrías para mi adorada
¡Cuán pronto á buscarte, mi flor, volveré,
Volveré!... y la muerte lo trajo á su amada!»

«¡Gloria del trabajo! ¡Pobre quien se afana!
Era el bien amado muy trabajador...
¡Fortuna, fortuna!... desde la mañana
Buscaba fortuna!... ¡Oh infiel y traidor,
Y traidor destino de aquel que se afana!»

«El eje es bien rudo; la rueda bien fuerte;
El carro es gigante, no puede caer...
La carga es pesada...—¡Oh! como esta suerte!...
Es malo el camino... ¡mas he de traer,
Traer á mi esposa la propicia suerte!»

¡Dijo y fuése... «¡Amparo, amparo!» mi oído
Oye con espanto, con funesto horror...
¡Oh pérfido acaso!... con despavorido
Lamento en socorro salí de mi amor,
De mi amor, que nunca me hablará al oído!»

«Quebrado está el eje... quebrada su vida...
Mi vida quebrada para siempre está!...
¡Murió trabajando!... ¡Qué negra partida!
¡Oh suerte!... ¡Maldita la suerte será,
Será del que sigue trabajosa vida!»

Y así medio loca la viuda doncella,
Mirando aquel carro que al dueño mató,
Cuán bien su secreto, su triste querella
Revela al viajero que tal vez pasó,
Pasó deseando la viuda doncella!...

LA LIRA SILENCIOSA

Está mi lira triste y silenciosa,
De sacra inspiración abandonada...
Su cántico apagóse, su armonía
Lejana vuela, sin que á los oídos
Plácida llegue, sin que al alma arrulle
Con su música bella y seductora.
¡Ay! cuánto se asemeja desdichoso
Hondo el silencio de sus dulces cuerdas
Al del desierto! ¡Cuánto se parece
Al del alma sin fe y sin esperanza!...
Pasaron ya los esplendentes días
Que á la vista del sol y á los encantos
De pródiga y feliz naturaleza
El himno sacro del amor cantaba!

¡Pasaron!... ¡Golondrinas emigrantes
Que raudas llegan, transitorio nido
Hacen en campanario majestuoso,
Recorren las campiñas, y dejando
Estela de placer en la memoria,
Rápidamente hacia la mar se alejan!
¡Pasaron esos días!... ¡Cuánto fueron
Breves y luminosos!... De las ondas
Que corren hacia el mar entre floridas
Márgenes, bajo el sol, sin que despojos
Otoñales desciendan á enturbiarlas,
Tuvieron el rumor, el pasajero
Y alegre murmurar... Nobles amigos
Del alma mía fueron que inspiraron
Con el fulgor de su celeste lumbre
Los cantos de mi hermosa Primavera.

¿Adónde estás, alado pensamiento?
¿Adónde, fantasía luminosa
Como una virgen que á las blancas nubes
Sus vestidos robó y la dulce gracia

Del campo á la tiernísima azucena?
¿Dónde la poesía, sacra gloria
Que dominó mi vida, como el astro
Del mediodía al Universo? ¿Dónde
Su sin igual esencia que en efluvios
Embriagaba mi ser y en desvarío
Mi mente á las alturas levantaba?
¿Dó la argentina voz de esa corriente
Fecunda en cantos, dónde el oleaje
Del pensamiento que murmura ó clama
Como el del mar que rompe en giganteo
Grito ó dolor solloza en la ribera?
¡Ya mis ojos no ven el alta torre
Del magnífico alcázar donde oculta
Moraba la ilusión, cual prisionera
Dichosa de su cárcel!... De lo alto
De ella, dominando el horizonte,
Cual el marino al mar desde la esbelta
Proa, como el astrólogo los cielos
Desde la cumbre de la ciencia, pudo
Mi lira resonar!... ¡Cuál descendían
Sus placenteras voces á los campos,

A la colina, al valle, á la floresta,
Como alegre bandada de avecillas
Surcando el cielo azul ó retozando
De flor en flor ó en el trigal de oro
Picando el tierno grano de la espiga!
¡Con qué ardoroso afán, con qué deleite
Ensalzaba el amor! ¡Cómo anhelosa
La grave voz del mar copiar quería,
O el tierno acento de la brisa suave!
¡Cuál de la noche el misterioso y vago
Suspirar tradujeron en endechas
Sus cuerdas sollozantes! ¡Cuál reía
En cambio, al despuntar en el Oriente
Entre arrebol y nácar la mañana!
¡Cuál del espacio azul inmensurable,
Templo gigante en cuya ingente bóveda
Pintara Dios los astros, ensalzaba
La soberana, fúlgida belleza!...

Mas ha tendido la traidora araña
De la contraria suerte dura tela,

Y la leve y dorada mariposa
De la maravillosa fantasía
Vese en la red fatal aprisionada!
¡Ay débil mariposa del estío!
¿Habrá llegado para ti el otoño,
El prematuro otoño que dispersa
Doquier las hojas y en silencio cambia
El cántico del ave y enmudece
De las libres corrientes el murmurio?
¿Será larga prisión, dura cadena,
Perenne cautiverio? ¿Suerte impía
Su red proterva te tendió por siempre,
Oh inspiración, que otrora revolabas
En torno de mi frente soñadora?

¡Negra fortuna, mariposa bella!
Ya el color de tus alas, tu brillante
Oro, tu cielo azul, tu blanca nieve,
Unidos en concierto armonïoso,
Mis ojos no verán? ¡Oh triste duelo!
¡Funesta realidad! ¡Término breve

De tu existencia efímera! ¡Cuán solo
Y mudo el corazón! ¡Qué abandonado
De augustas armonías el glorioso
Templo en que resonaba hora tras hora
Del pensamiento audaz la voz vibrante
O el dulce canto del amor sereno!...

EL ÁRBOL CAÍDO

¡Pobre árbol caído que yace sólo y triste
En el suelo del bosque, que el estío reviste
De mágicos colores, de espléndido verdor!
¡Pobre árbol que un día fué rey de la pradera,
Titán que encadenaba la hermosa primavera
Con florecidos lazos de luces y de amor!

Yace allí del inquieto arroyo en la ribera,
Donde oyó tantos años la cantiga parlera
De las aguas que corren jugueteando al mar;
Allí está abandonado, allí está sólo y triste...
Ya sus resecas ramas el estío no viste
De las frondas que otrora iba el viento á besar!

Mientras suspira el céfiro su música amorosa
Y desliza sus alas de etérea mariposa
Alzando alegremente su campestre canción;
Mientras el claro arroyo las ondas apresura
Del cielo reflejando la gloriosa hermosura,
Y la luz de los astros que pueblan la extensión;

Duerme el árbol que un día fué la lira del viento,
Cuyas cuerdas floridas alzaron dulce acento,
Cual si fuese del bosque sublime trovador!...
Yerto, sólo, olvidado ¿quién recuerda que un día
Los amantes se dieron bajo su suave umbría
En cautelosa cita un ósculo de amor?

¿Quién recuerda que cuando, luciente el bello estío,
La paloma arrullaba con tierno desvarío
Reclamando al amado que en su rama no está?
¡Ya no siente el arrullo del ave encantadora...
Ya la amante caricia de la mujer que adora
Ni su secreto amor á ver no volverá!

Ya no puede el viajero descansar á su sombra,
Ni tenderse tranquilo en la mullida alfombra
Que la frondosa copa á sus pies esparció...
Ya escuchar no le es dable la historia aventurera
Que el viajero refiere á la onda pasajera
Del arroyo en que antaño su grandeza miró!

¿Quién llega?... Del profundo de la silente umbría
Donde sólo se escucha nemorosa armonía,
De súbito se oye un alegre cantar...
¿Es del bosque un amigo, es un rudo habitante?
¿Tal vez enamorado que dichoso y amante
De la sombra del bosque viene el sol á buscar?

Del fondo de la selva donde susurra el viento,
Se siente resonante el placentero acento
De la voz venturosa de oculto trovador...
La voz vase acercando, ya más y más acrece,
De entre el boscaje oscuro de súbito aparece
La rústica silueta de fuerte leñador.

Cesa en su alegre canto. Se acerca al árbol yerto...
«¡Un árbol tan hermoso, un árbol seco y muerto,
Un átomo de vida bien puede regalar!
La muerte lo ha tumbado sobre la tierra inerte...
Pero la vida surge de la infecunda muerte!»
¡Y el leñador va el hacha tajante á levantar!

¡Bien pronto lo transforma del hacha el diente agudo
En mil y mil astillas que el campesino rudo
Contempla mientras alza la hoguera su esplendor!...
¡Bien pronto en negro humo se eleva hacia la altura...
La nube al viento vuela cambiando de figura...
¡Mas dejará en la tierra un átomo de amor!

1906.

PAISAJE DE OTOÑO

Hojas amarillas
Hay en los senderos
Del campo, en las aguas
De la fuente undosa,
Al pie de rugosos
Sauces, y en las frías
Alas de los vientos
Que silban y gimen.
En revueltos giros
Danzan, cual ligeras
Mariposas... huyen
Y se acercan presto...
Me rozan la frente
Que triste recuerda
Pasados otoños,
Inviernos pasados...

Y luego las sombras
De la nocha oscura,
Fúnebre sudario
Que tiende el crepúsculo,
Cubren con silencio
Mortal los senderos
Del campo, las aguas
De la fuente undosa,
Los sauces añosos,
Las alas del viento...
Y las amarillas
Hojas tristemente
Agítanse, lloran,
Y luego dormitan...

PRIMAVERA

Dame un beso, — dije á Leonor la bella
Un día que cerca del verjel la vi.
— Calma mis amores, hermosa doncella...
Esquiva no seas... yo muero por ti,
Yo muero por ti, — dije á la doncella.

Era una mañana de la Primavera...
Brillaba el espacio sobre el ancho mar...
El sol fulguraba sobre la pradera
Sus rayos de oro... sonaba el cantar
El cantar alegre de la Primavera.

Bajo los doseles de plácida umbría
Alzaban las aves cánticos de amor;
Y dulces requiebros con loca porfía
De la flor al ave, del ave á la flor,
Doquiera sonaban en silvestre umbría.

El viento entonaba su música pura
Llegando ligero del undante mar,
Y en volubles giros las alas procura
Batir de las flores en torno y besar
Besar de las flores la corola pura.

¡Todo amor!... deseos, deleitoso encanto
En bella mañana del Octubre en flor!
Bajo las florestas armonioso canto,
Del mar á la orilla himno arrullador
Que aleja el recuerdo de triste quebranto.

¡Salve, amor!... Que eres padre de la vida
Y que hacia la muerte nos lanzas al par!...
¡Salve, amor! antorcha por siempre encendida,
¿Qué importa que arrojes la vida á la mar
Si en la mar palpita fecunda la vida?

Leonor la bella, del verjel las flores
Con mano amorosa de nieve y marfil,
Feliz recogía y en lindos amores
Soñaba dichosa su alma gentil,
Arrullo de tórtola, suspiro de flores.

Envidia sintieron al verla sonriente
Y al par soñadora las rosas sin par...
Al punto miráronse en clara corriente,
Que oyólas de envidia celos murmurar,
Celos murmurar, como la corriente.

Mas enamorados de tanta hermosura,
Cuando el hada hermosa á ellas se acercó,
Trocada la envidia en loca ventura
El rosado cáliz su néctar virtió,
Cual vierte la aurora su lumbre más pura.

De flores la frente de la niña hermosa
Con amantes ojos extasiado vi...
Brindaba deseo su boca graciosa,
Amor fulguraban sus ojos de hurí,
Como las estrellas de la noche hermosa.

Temblé... y cual despierta de noche sombría
El sol en celeste mañana de Abril,
Fulge en lo profundo de la mente mía
Amor de los cielos al ver la gentil
Leonor, dueña hermosa de la vida mía.

Dame un beso, dije, dame un beso, bella...
Soy la mariposa que liba en la flor...
Soy el sol ansioso de alcanzar la estrella...
Y tu eres la estrella de mi ardiente amor...
¿No ves que amor luce dondequier, mi bella?

—¿Quién eres? me dice.— ¿Quién soy?... El poeta.
Mi alma es la lira, mi voz el cantar;
Mi genio el misterio del mundo interpreta,
Descubre el secreto profundo del mar,
Y el mar de la vida navega el poeta.

Sonríe la hermosa: su boca divina,
Roja como es rojo de Junio el clavel,
Graciosa sonríe... ¡Oh Dios! se adivina
Fulgir el deseo... y me miro en él
Como en un espejo de agua cristalina.

—Si un beso te diera—me dice—y su acento
Súbito parece con miedo temblar—
¿Quién sabe si acaso lleváralo el viento,
Y nunca en su seno pudiera alcanzar
El beso que llevan las alas del viento!

—No temas, exclamo, Leonor temerosa,
No pueden faltarte mis besos de amor...
Así cual no falta jamás á una rosa
Una mariposa que gire en redor,
Como de ti en torno mi alma ansïosa.

Entorna sus ojos; su boca de amores
Borra la sonrisa que otrora lució...
Murmura... suspira... mas entre las flores
Que la Primavera fecunda esparció,
El beso resuena de nuevos amores.

Y en esa mañana de la Primavera
En que el sol brillaba sobre el ancho mar,
Y lanzaba ardiente sobre la pradera
Sus rayos de oro, resonó el cantar
Eterno y alegre de la Primavera!

SONETO

De Aluizio Azevedo.

Calcula, amiga mía, qué tortura:
Ámote siempre, siempre, mas querría
Muchas veces morir á verte un día
El nombre merecer de esposa impura.

No te conmueva nunca esta agonía,
No te enternezca nunca esta locura,
Que mucho sufra al verte casta y pura,
Si no lo fueras ¿cuánto sufriría?

Ay, cuánto sufriría si alegrases
Con tus besos de amor mis labios tristes
Y con ellos mi rostro acariciases!

Persiste en el recato en que persistes.
Ay, cuánto sufriría si pecases...
¡Mas cuánto sufro más porque resistes!

Á ALUIZIO AZEVEDO

Con motivo de su partida al Brasil.

En armonioso verso, en noble alejandrino,
Pronuncio, amigo ilustre, mi tierna despedida,
Esencia de mi alma que en vaso cristalino
Te ofrezco en este instante solemne de mi vida.

¡Solemne, sí, solemne! Cuando de la existencia
En el sendero apártase del pensamiento el guía,
Profundo es el vacío que deja con su ausencia,
Cuan honda es la tiniebla cuando se ausenta el día.

Tu mente, cual los cielos ofrecen sus estrellas,
Me regaló mil veces la luz de su talento;
Y en noches no olvidadas, fantásticas y bellas
Lucieron las que adornan tu almo pensamiento.

Del arte á la montaña soberbia me llevaste,
Y en la excursión sublime el arte he comprendido;
Con él me sedujiste, con él me conquistaste,
Y si hoy de mí te alejas, de ti yo no he partido.

Jamás hasta hoy la suerte me había regalado
Una amistad ilustre de mil tesoros llena.
De otra tierra venido, de otra patria llegado,
Hallé en tu inteligencia la inspiración serena.

De ella inmortales flores conservo cuidadoso,
Como el amante guarda las de su bien amada.
¡No morirán tus flores, amigo cariñoso!
¡Eterno es el talento, la amistad es sagrada!

¡Te vas!... Propicios vientos sobre la mar bravía
Impulsen el navío que hacia tu patria vuela:
La ráfaga traidora de la borrasca impía
No turbe de la nave la rumorosa estela!

Y nunca, nunca, Aluizio, cuando los años lleguen
Y pasen, cual las nubes de la celeste esfera,
Tus nuevas amistades nuestra memoria cieguen,
¡Que sea de tu mente por siempre compañera!

La Plata, 20 de Noviembre de 1902.

A UNA FLOR

Quien te ve tan gentil y tan lozana,
Oh tierna flor, y envidia tu hermosura,
No piensa que si bella en la mañana
Se marchita en la noche tu frescura.
Que eres sólo ilusión con que engalana
Praderas y verjeles la Natura...
¡Y sólo el sabio sabe que escondida
En tu cáliz de amor está la vida!

DÉCIMA

Dicen que es profundo el mar...
Tan hondo, tan insondable,
Que al pensamiento no es dable
Su inmenso abismo sondar.
Dicen que es vano pensar
Su seno medir y vano
Penetrar el hondo arcano
Que se encierra en su extensión...
¡Pero es nuestro corazón
Más hondo que el Oceano!

SEGUNDA PARTE

LIBRO DE AMOR

ENSALZAMIENTO

Tomo la blanda lira
Que en plácida floresta
Para cantar venturas encontré;
Y para la más pura
De las flores del mundo
Elevaré mis cánticos de amor.

Templada está... templada
Como por fada amable,
De poesía una visión azul;
Ella le da su encanto
En límpida armonía
Que al alma de mi flor arrullará.

Tomo esa blanda lira
Y á tu amor, oh mi dueña,
Con inspirado acento cantaré,
Porque tu amor es grande
Como el mar, y sereno
Cual la alta esfera donde brilla el sol!

Y todo retratado,
Cual la flor en la fuente,
En tus amantes ojos siempre está;
Y en la sonrisa ingenua
Que jugando en tu boca
Claro reflejo de tu alma es!...

Amor es universo...
Y siendo tú, oh amada,
Inmaculada esencia de ese amor,
El universo todo
En belleza divina
Mis ojos ven cuando te ven á ti!

El canto que sorprende
Cuando brilla la fúlgida
Luz de la aurora en el Oriente azul,
Entrar quiere en tu alma,
Como en caliente nido,
Templo de amor y arrullos, la torcaz.

Y la voz misteriosa
Que en la nublada tarde
Recuerdos mil suscita al sollozar,
En tus palabras vibra
Cuando el dolor embarga
Tu dulce y amoroso corazón!

¡Cómo, entonces, si dueño
Soy de templada lira,
A ti, virgen de amor, no cantaré!
¡Oh sí! tu amor arrulle,
Tu amor ensalce siempre,
Cual la belleza del sublime sol!

¡Oh! como senda de soñada gloria
Veo el camino por donde á lo lejos
La divisé una tarde de verano!

Una tarde serena, tan serena
Como la tarde de la vida augusta
De viejo trovador por siempre joven.

Recuerdo que seguí con ansia loca
La figura lejana, cual persigue
A blanca mariposa la inocencia,

La inocencia feliz, y que temblando
Llegué, y temblando saludé, y que huyendo
Llevé mis pasos por desviada senda!

¡Jamás la noche del olvido puede
Seguir á aquella hora de la tarde
En que la vi del plácido verano!

Y si la noche pérfida cayera,
De entre las negras sombras surgiría
Su figura tan blanca, tan hermosa!

¡Oh!... y luego... aquella vez que en medio al campo
Le di una flor sencilla que en su seno
Tumba feliz halló... Y el grato día

En que llamando á la rïente musa,
Dile mis versos, que en veladas voces
Secreto de mi amor le confesaba...

Y cuando cerca del rosal florido,
Sembrando el suelo de livianas hojas
Ella sonriendo iluminó mis dichas...

¡Plácidas horas del amor primero
Que pasasteis tan breves, cuán eternas
Sois! ¡que refugio en la memoria mía

Por siempre hallasteis, cual las ondas raudas
En el piélago azul y las palomas
En nemoroso y silencioso campo!

1897.

CALLADA BRISA...

Plácida brisa del verjel que amante
De las silvestres flores inocentes
Llevas perfumes de virgínea esencia
Inmaculada,

Huye un momento del rincón florido
Donde el amor eternamente arrulla
Y tiende el vuelo hacia la amada reina
De mis cantares.

Sigue las notas por amor nacidas
De almo laúd para el amor creado,
Sacro laúd que vibra cuando canta
Mi bien querido.

Vuelen felices y ligeras siempre
A despertar del encantado ensueño
A la doncella que en mi mente fulge
Como una estrella,

Cuando la aurora en esplendor divino
En matutino espléndido crepúsculo
Abre sus fuentes de infinita lumbre
Incomparable.

Esa es la hora en que mi lira eleva
A su adorada cántico armonioso,
Que tanto dice y que ventura envía
Resplandeciente.

Oirás, oh brisa, si su són persigues,
Cuando á presencia de mi amada llegues,
Lánguido y suave suspirar, más suave
Que el de las rosas.

Aquellas rosas del florido reino
Donde viajera sin constancia eres,
Oh brisa leda, mensajera alada
De mis amores!

Y cuando escuches de esos puros labios
Aquel suspiro, guárdalo en tus alas,
Y vuelve rauda hasta el lugar do moro
Pensando en ella.

Para elevarla un cántico inspirado,
Para ensalzarla en cántico armonioso;
Sereno acento de un amor sereno
Como su alma.

¿Qué mensajera más feliz si sólo
Dicha y suspiros llevarás de amores,
Y de la flor del alma las venturas
Inmarchitables?

¡Oh! aparta presto del verjel! tu vuelo
Tiende hacia ella cuando el alba luzca;
Y torna cuando en Occidente oculte
Sus resplandores!...

Agosto de 1895.

EN LA TARDE

Los extensos montes
Al llegar la hora
Del ocaso quedan
Sumidos en sombras,
Y un són melancólico,
Como de arpa eólea,
Vaga suspirando
Por entre las hojas...
Y al oirlo, el alma
Se recoge y ora.

El alma al par siente
La nostalgia honda,
Ansia tan profunda
Como melancólica...
Y el bendito nombre

Del sér que se adora
Casi sin conciencia
De los labios brota...
Y del viento vase
Volando en las ondas.

¡Oh momento triste!
¡Oh callada hora
En que las venturas
Del presente flotan
En la mar inmensa
De esa inmensa sombra
Que envolviendo al mundo
Viene silenciosa!...
Siento tu tristeza
Tan profunda y honda,
Que mi alma entera
Se recoge y ora.

Octubre de 1894.

QUIETUD

Suave tarde serena
A plácida quietud abandonada,
¡Cómo al amor cadena
Pones y enajenada
El alma ansiosa dejas y encantada!

¡Cuál los ojos te admiran
Dueña de vaga luz que va muriendo
Cuando tristes suspiran
Las brisas que corriendo
Lánguidas van sus alas recogiendo!

¡Cómo el amor ansioso
Extático se queda y escuchando
El dormido reposo
Que apenas susurrando
Las nocturnales sombras va espaciando!

¡Y cuál el pensamiento
Misterio busca en la extensión sombría;
Al par que el sentimiento
Halla melancolía
Y solemne y extraña poesía!

La mente piensa grave;
La fe del alma su oración murmura
Como murmura el ave...
Y pidiendo ventura
Sus alas tiende á la infinita altura!

¡Y entonce en el callado
Silencio de la noche misterioso,
Se escucha el nombre amado...
¡Que es dulce en el reposo
Hablar al bien deseado y deseoso!

MI BAJEL

Voy guiando mi navío
Audaz, gallardo, hermoso...
Voy guiando por los mares mi bajel...
Las olas en la noche
Lo arrullan al mecerlo
Y lo guían los astros con su luz.

El viento es de él amigo,
Amigo sosegado...
Le canta de esperanza la canción...
De grato amor el puerto
Se esconde en lontananza,
Mas él al puerto ansiado bogará.

Aún las tempestades
Del piélago bravío
No han desatado su crüel furor...
La tempestad dormita
Como cansada fiera
De la selva escondida en el zarzal.

Todo es grande y sereno:
El mar sin horizontes,
Insondable, infinito, sin confín;
Y el designio profundo
De mi albedrío en busca,
Tras de los mares, de su eterno bien!

¡Vé al puerto, barca mía!
¡Que allá tu bien se encuentra
Ya preparado el nido de su amor!
¡Protéjante los cielos!
¡Tu vela el viento impulse,
Para presto llegar, llegar, llegar!

1898.

LA BLANCA PALOMA

Como paloma blanca
Eres, amada mía;
Arrullas mis ensueños, y á la luz
De la alborada vienes
Tus alas agitando,
Tu nido deseando: la ilusión.

¡Feliz! De la ventura
La rama florecida
Te ofrezco y llegas á arrullar mi amor:
Besos traes y olivo:
Amor y paz al alma,
Amor y paz para inspirar mi sien!

Cuando cae la tarde
Y su estrella surgiendo
Del arrebol inspira con su luz,
¡Blanca paloma mía!
Me besas y me amas,
Y diciéndome adiós huyes después!

Te sigo con mis ojos
Hasta que en lontananza
Te refugias veloz para volver
Cuando la mano bella
Levanta de la aurora
El manto de la noche funeral.

¡Vuelves! El amor mío
Tiende la florecida
Rama en que posas tu cansado pie;
Y en la umbría secreta
De dichosos misterios
Gratos días de luz transcurrirán!

FLOR DE LAS FLORES...

Flor de las flores amorosa y tierna,
Gala rïente de mi amor sereno,
¡Luzca á los cielos deliciosa el ánfora
De tu perfume!

Tú, delicada cual la rosa bella
De los jardines, reinos de las brisas,
Deja que corra hasta tu lado y cuide
De tu hermosura!

¡No venga invierno y tu sin par corola
Cubra de nieve, y con proterva mano
Impío tronche tu inocente dicha,
Flor inocente!

Yo, que la esencia de tu néctar guardo,
Y el sumo bien de tu virtud admiro,
Deja que ampare con mi amor tu vida
Resplandeciente!

Yo diré al viento del helado Junio
Que á otros jardines presuroso vaya...
¡Lejos, muy lejos de tu amor, oh dulce
Flor de las flores!

Y al sol benigno del Octubre ameno,
Que te despierte en la feliz aurora,
Y tierno adiós te dé cuando en la tarde
Pliegue sus alas!

¡Oh ansia infinita, férvido deseo!
¡Aspiración suprema, llama pura!
Vida feliz para la flor amada,
¡Luz y cantares!

1897.

FLOR DE OCTUBRE

Dejé de verla en plácida mañana
De Octubre joven que á su frente ciñe
De rosas la magnífica diadema.
Ella adiós me decía
Desde lejos, y solo
Un instante después me hallé en el mundo.

Lejos estoy ahora de su lado...
Han pasado los días y fenece
El mes de Octubre de las rosas blancas.
Mueren las blancas flores,
Muere la primavera...
¡Mas nuestras manos unirá el estío!

1897.

ARRULLO

Cual vive en el nido de rama florida
Amando á su dueño la blanca paloma;
Cual vive en el árbol, amigo del viento,
La flor, compañera de las mariposas;
Así en el amparo del alma la dueña
De mi amor sonríe morando dichosa,
Porque soy el árbol, la rama florida,
Y la flor es ella, y ella es la paloma.

TERNURA

En mi pecho reclina tu cabeza...
Es tuyo... así descansarás dichosa,
Si de tu amor la lumbre esplendorosa
Esparce en mil destellos su belleza.

Reclínala también si el desconsuelo
Nubla el cristal de tu amorosa frente...
Que mi pecho desea locamente
Ver en tu frente el esplendor del cielo.

Y así unidos los dos, los dos soñando,
Ora tristezas ó placer sintiendo,
Juntos la vida iremos transcurriendo
Y al puerto del crepúsculo llegando.

IRA

Que no te amaba, me dijiste un día
Al ver mi rostro taciturno y triste...
¡No me quieres como antes! me dijiste...
Y más te amaba entonces, vida mía.

Es que la noche, á veces, traicionera,
Cubre de sombras y dolor mi frente...
Y nubes que levanta tristemente,
En rudo invierno cambia primavera.

Entonces, oh dolor, con mano airada,
Me azota el corazón y me tortura
Esa impotente y mísera locura
De la ira en el pecho aprisionada.

Y así, oh dulce enamorada mía,
Al ver mi rostro taciturno y triste,
¡No me quieres como antes! me dijiste,
¡Y más que nunca entonces te quería!

CASTA VIOLETA

Casta violeta del jardín florido,
Gala y perfume de otoñales días,
Belleza oculta, virginal aroma
¡Cuán eres pura!

¡Cómo á mi alma que tu amor ansía,
Cual los espacios el lucir de aurora,
Das generosa la feliz ventura
De tu belleza!

¡Cómo te ama la armoniosa brisa!
¡Cómo te arrulla el inconstante céfiro
Cuando en sus giros á tu lado pasa
Lánguidamente!

¡Cuánto es, empero, mi violeta virgen,
Gala y perfume de otoñales días,
Más amoroso que la brisa el beso
De mis suspiros!

¡Ah! no te ama como yo te amo,
Ni te desea como yo te anhelo,
Casta violeta del verjel hermoso
De mis amores!

1895.

EN LA TARDE

Plácidamente hacia el ocaso el vuelo
Tiende la estrella del amor hermoso...
Aquel sereno luminar que un día
Nos sonrïera...

Adiós, le digo; y al adiós decirle
También el beso del amor le envío...
Y ella se oculta entre las tristes sombras
Del horizonte.

CREPÚSCULO

En vano de la aurora
Espero el luminar resplandeciente...
Su lumbre seductora,
Poética y rïente,
No rasga la tiniebla del Oriente.

Sólo la tarde oscura
Nos presta su arrebol, y el són callado
Que vaga en la espesura
Del campo desolado,
Responde al corazón enamorado.

Y doquier la mirada
Se dirija buscando deseosa
La luz siempre anhelada,
Encontrará nublosa
La imagen de la tarde silenciosa!

ABANDONO

Del amor en los bellos
Campos corre mi vida
Como una mariposa
Libre por la campiña.

Ora aquí halla su néctar
En la flor humildísima,
Mas allá su alimento
En ánfora exquisita.

Del viento se abandona
En las alas amigas,
Y los mundos recorre
Amor buscando y dicha.

¡Son de amor tan hermosas
Las risueñas campiñas!
¡Sus horas son tan dulces,
Tan diáfanos los días!

¡Oh! deje que los vientos
Mi existencia dirijan,
Sin que de amor me alejen
La floresta divina!...

1898.

ENDECHA

¡Estrella bienvenida!
Fué tan feliz mi alma
Al verte, que un instante
Vivió tan sólo de tu luz sagrada.

Fué tan feliz, que loca
Pensó en la eterna dicha
De vagar por el cielo
En constante y celeste compañía!

Fué tanto venturosa
Que encegueció creyendo
Ser dueña del espacio
Do generosa esparces tus destellos!

Mas no contó mi alma
Con el secreto amargo...
¡Ay! bienvenida estrella,
¡Cuán breve fué tu esplendoroso tránsito!

1898.

CANTO IMPORTUNO

No cantes en la rama
De la umbría floresta,
Ave de mis amores...
¡Que estoy muy lejos de la dulce dueña!

Deja para otros días
Tus suaves cantinelas...
¡Que cantaremos juntos
Amor dichoso cuando esté con ella!...

Ocúltate en el nido
De florida arboleda,
Y guardando silencio
El despertar de mi ventura espera!

Porque cuando despierte
Esa lumbre serena,
Olvidarás bien pronto
La sombra de tu lánguida tristeza!

¡Oh! guárdame, ave amiga,
Noble correspondencia!
¡No cantes porque lloro
Hoy ausente el amor de mi doncella!

1898.

AMOR

Donde quiera dirija
Mis ojos la contemplo...
Mi amor va en mis miradas,
Mi amor me lleva de su encanto al cielo.

Doquiera me deslumbra
De su luz el destello...
¡El sol del claro día...
El sol fecundo de su amor sereno!

Cuando nace la aurora
Descúbrola sonriendo,
Y en la plácida noche
Su nombre escrito con estrellas leo!

Su nombre, blanda música
Que susurra en mis sueños,
Y que llena de notas
De grato són de amor el universo!

¡Oh, doquiera dirija
Mis ojos la contemplo...
Mi amor va en mis miradas,
Mi amor me lleva de su encanto al cielo!

ULTIMA ODA

Auras del campo que en Octubre ameno
Jugáis entre las flores y las hojas
De los frondosos árboles, amigos
Del poeta, venid, tended las alas,
Y hasta las cuerdas del laúd, temblando
Traed la blanda música, y más tarde
Volved á suspirar entre las hojas!

¡Venid, venid!... que aquel laúd sagrado
Que en otros tiempos elevó sus sones
Ante el altar de la amorosa vida,
Callado está y en olvidado sitio
Yace cubierto de marchitas flores!

¡Oh! ya pasó aquel tiempo!... Ya la vida
Otra es, otra es!... Afán pasado
De amor, de inspiración, de gloria... todo
Murió!... y apenas cual fugaz estela
De débil barco en agitados mares,
Quedan en la memoria los recuerdos
De otro tiempo, otra idea y otra vida!

Mas venid, dulces auras, suave aliento
Del bosque, nido del amor, inmensa
Arpa en que el viento ensaya las canciones
De la tormenta en el ardiente estío,
Y la oda armoniosa en primavera.
¡Venid!... Traed en las sonantes alas
La dulce inspiración, trémula idea,
Que como el beso de la amante enciende
El luminoso són, la clara lumbre
Del pensamiento... ¡Oh aura susurrante,
Oh brisa blanda!... ¡Mi laúd callado
El beso espera de tus leves alas!

1899.

TERCERA PARTE

CANCIONES

PLÁCIDAS ONDAS...

Plácidas ondas del río
Que corréis hacia la mar,
Detened vuestra carrera
Si á divisarla llegáis.

Jugad con ella un instante...
Con sus blancos pies jugad,
Y decidla que estoy solo
Y que así no quiero estar.

Con vuestro amable murmurio
Mis requiebros imitad,
Y mi nombre de sus labios
Ved si llega á pronunciar.

Después si ella, cual solía,
Promesas de amor os da,
Alejaos y perdeos
En los senos de la mar.

1898.

A MARIA AURELIA

Al ave que con amor
Llama á su dueño cantando
Mientras vuela susurrando
El viento de flor en flor;
Al gárrulo trovador
Que en la poética umbría
Con amorosa porfía
Teje en la rama su nido,
Va mi cántico sentido
Palpitando de alegría.

A la leve mariposa
Que busca en copa rosada
De amor la esencia deseada
Del cáliz de fresca rosa;
A la ilusión vagarosa

Que el dulce amor simboliza
Y que grácil se desliza
Jugando de flor en flor,
Va mi cántico de amor
En las alas de la brisa.

Al esplendor de la aurora
Que sonríe en el Oriente
Y es de amor eterna fuente,
Cual de luz encantadora;
Al puro rayo que dora
La risueña serranía
Y que de fébea armonía
Es mensajero sin par,
Vuela también el cantar
De mi ardiente fantasía.

A la flor que besa el viento
Y que en el caudal de plata
Del claro arroyo retrata
De su hermosura el portento;
A ese mágico sustento
De belleza y de candor,

Donde habitando el amor
Reina la belleza al par,
Quiere en su canto ensalzar
Amoroso el trovador.

Y tú, que tejer el nido
Quieres, doncella, y süave
Cantas amor como el ave
En el árbol florecido;
Tú, que eres rayo venido
Del esplendor del Oriente,
Tú, mariposa luciente
Que anhelas besar la flor,
Halla en mi canto de amor
Los ensueños de tu frente.

CANTINELA

Cefirillo lisonjero
Que girando entre las flores
Del espléndido verjel,
    Vas cantando
    Y arrullando
Los tiernísimos amores
De la rosa y el clavel...

¿Qué me dices de la bella
Que habitaba y encantaba
La campiña del amor,
    Y que otrora
    Seductora
A mi vida regalaba
Su perfume embriagador?

¿Dónde está, dónde suspira,
Más linda, más hechicera
Que la luz primaveral
Que de Oriente
Refulgente
Se derrama por doquiera
En riquísimo raudal?

¿Cómo puedes, cefirillo
Lisonjero y armonioso,
Sus palabras no imitar
Que en pasado
Tiempo amado
Juguetón y venturoso
Me traías sin cesar?

¡Qué callada está la playa!
La fluctísona ribera
Do las ondas de la mar
Susurrando
Suspirando
A los pies de la hechicera
Se acercaban á cantar!

¡Qué callada y silenciosa!
¡Ay! ¿por qué en la rubia arena
Blanco el pie no pisa ya?
¿Porqué el viento
Suave aliento
De su alegre voz serena
Con amor no imitará?

Y tampoco en el sendero
Que á través de la campiña
Serpentea bajo el sol,
Cual otrora
Seductora
Va feliz la hermosa niña
Esparciendo su arrebol.

Dulce, suave cefirillo,
Que arrullando entre las flores
Del verjel de la ilusión,
Requebrando
Suspirando
Regalaste sus amores
A mi tierno corazón,

No me digas do se oculta
La voluble mariposa...
¡No me digas dónde está!...
Que galana
A mi ventana
Otra ave más hermosa
Nuevo amor arrullará!

TRISTEZA

¡Triste aquel que en vano espera
Barquichuelo que llevó
Por los mares de la vida
La dulcísima ilusión!

¡Triste aquel que mira en vano
La extensión del ancho mar,
Y pregunta al oleaje:
«¿Cuándo, cuándo volverá?»

¡Que la pérfida borrasca
La esperanza arrebató...
Y en los mares de la vida
Se deshace la ilusión!

OCASO

De fantástico castillo
En altísimo balcón
La amorosa castellana
Contemplaba el triste sol.

A sus últimos reflejos
Enviábale un adiós
Misterioso, cual secreta
Era su íntima pasión.

Al volver la brisa ingrata
De la tarde se llevó
Un tristísimo suspiro
Del ansioso corazón.

Y entre tanto se escondía
En su tumba el triste sol,
Se apartó la castellana
Suspirando del balcón.

ANHELO

Suspira el viento en las ramas
De las florestas umbrías,
Cual si un alma vagabunda,
Volase en pos de la dicha.

Suspiran las blandas olas
De la fuente cristalina
Por ir en busca del mar...
¡Por el mar ellas suspiran!

El bardo que inspiración
Alienta en su fantasía,
Suspira cuando la gloria
Se aparta de él ó le olvida.

Yo, que estoy lejos de aquella
Que en mi corazón habita,
Suspiro como las ondas
Y gimo como las brisas!

EL DESPERTAR

Yo hasta la cumbre subí
Donde la gloria se alcanza,
Y al realizar mi esperanza,
Rey de la gloria me vi.

¡Cuán hermoso fué el ensueño!
¡Engañosa fantasía!
¡Al ir despuntando el día
Fuí despertando del sueño!

Y entonces ¡triste de mí!
Cuando allí me desperté,
Me vi de la cumbre al pie...
¡Muy lejos de ella me vi!

¡Soñar, soñar, desvariar!
¡Qué terrible torcedor!...
¡Cuán duro es ser soñador
Teniendo que despertar!

1899.

CUITA

Ilusiones que pasaron,
Fantasías que volaron,
Florecillas que murieron...
¿Dónde fueron?

¿Dónde fueron mariposas
Que libaron de las rosas
El dulcísimo licor
Del amor?

¿Del amor á dónde han ido
Los deleites que el sentido
Olvidar nunca creía,
Ni alegría?

¡Alegría! ¡más rïente
Que la luz resplandeciente
De la hermosa primavera
Lisonjera!

¡Lisonjera y seductora
Cual canción arrulladora
Del aura que entre las flores
Canta amores!

¡Canta amores y ventura,
Y que á veces de tristura
Se transforma en un sollozo
Doloroso!

¿Dónde están, dónde se han ido
Los deleites del sentido?
¿Dónde fueron las süaves
Bellas aves?

¿Dónde anidan? ¿En qué rama
La paloma triste llama
De la selva del anhelo
Sin consuelo?...

¡Ay! doradas mariposas,
Blancos pétalos de rosas!
¡Todo, todo en el olvido
Se ha perdido!

¡Todo, todo está desierto!
¡Es el mundo un campo yerto!
¡Y es abierta sepultura
Mi amargura!

BRISA MENSAJERA

Brisa, lleva en tus alas
A mi hechicera amiga
La música armoniosa
De mi plácida lira.

¡Que de amor infinito
Sois mensajeras, brisas,
De amor que no se apaga,
De amor que no marchita!

Volad hasta mi dueña...
Volved con sus caricias,
Con besos de su boca,
Con el són de su risa...

¡Que jamás en las leves
Alas traeréis tan lindas
Notas, ni tan süaves
Y tiernas armonías!

CÁNTICO DE INVIERNO

¡Soledad profunda!
¡Silencio infinito!
¡Nebuloso día,
Triste conticinio!

Invierno llegado,
Tendió su tristísimo
Manto, y los verjeles
Mirad hoy marchitos!

Aves doquier muertas...
¡Despojos de amigos
Del amor!... Sus cantos
¿Adónde se han ido?

¡Con el primer soplo
Del cierzo, transidos
Cayeron los pobres
Y alegres amigos!

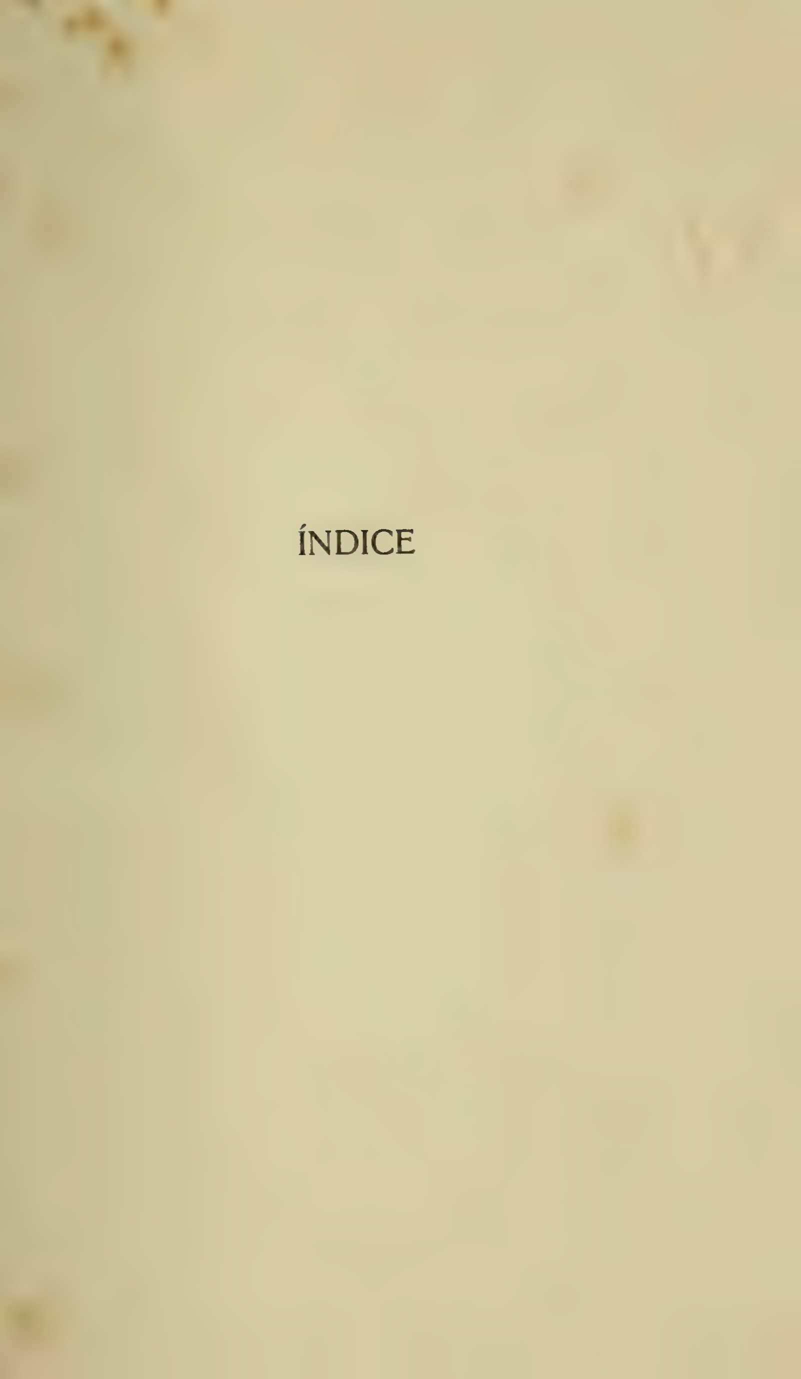
¡Triste compañía!
Siguiendo al destino,
Las rosas cubrieron
Los despojos míseros!

¡Y esa es la hojarasca
Del bosque sombrío!
¡Flores y aves muertas!...
¡Anhelos destruídos!

AMBICIÓN

¡Quién pudiera el mar cruzar!...
Y cual rauda golondrina
Victoriosa,
Ir de una mar á otra mar
Procelosa!

¡La inmensidad comprender!
¡El Universo sin término
Abarcar!...
¡Y tan grande pensar ser
Como el mar!



ÍNDICE

ÍNDICE

Páginas: —

PRIMERA PARTE

ODAS Y POEMAS

SEGUNDA PARTE

LIBRO DE AMOR

TERCERA PARTE

CANCIONES

Este libro se acabó de imprimir en La Plata,
en el Taller de Impresiones Oficiales
de la Provincia de Buenos Aires,
el día 9 de Mayo
de 1906.